

Miraba atenta el pecho lastimado,  
Y como de la espalda al tierno pecho  
Pasaba fieramente atravesado  
El duro pasador firme y derecho;  
Mira el nombre de oro que grabado  
La flecha exprime, indivisible, estrecho;  
Fué á ver si era de dios ó si de hombre,  
Y de Endimion leyó el amado nombre.

## CANTO II.

De luz cubierta en retirada parte,  
Vénus clamó cayendo su enemiga:  
«¡Oh parto digno del sangriento Marte!  
La antigua Delos ya tus arcos siga;  
Flechador mas valiente ha de llamarte  
A su pesar el hijo de la amiga  
De Jove, que una fiera venenosa  
Fué vencida de aquel, de ti una diosa.

«Ya, caro hijo, la mitad del hecho  
Tu fortuna te dió y mi justa suerte;  
Agora de su amado hiere el pecho  
Con desprecios de amor y odiosa muerte;  
Amé la Luna, adore á su despecho,  
Odio constante siga olvido fuerte,  
Condenando á tormento perdurable  
De su inconstancia el vario ser mudable.

«Aquel desprecio firme con que olvida  
El amado la causa enamorada,  
Aquel rigor por quien con vil huída  
La causa amante muere despreciada;  
Quiero yo que eternices en su vida,  
Que de fría aversion, que es puro nada,  
No quiero muerto mal, mal quiero vivo,  
Odio con ser y olvido positivo.»

Esto diciendo Vénus requeria  
El hijo de su cólera rigente  
La vira helada, la saeta fría,  
Hija cruel de lobrega corriente;  
Probóla al arco, y perturbado el día,  
Pálida noche dió medrosamente,  
Y estremeció el austero mal posible,  
La incauta peña, el árbol insensible.

La airada diosa la miró serena  
Sin turbacion, sin miedo y sin mudanza,  
Como blason glorioso de su pena,  
Como trofeo honroso á su esperanza;  
«¡Cuánto á femenos pechos enajena  
La indignada pasión! ¡Oh cuánto alcanza  
En piedras el dolor inanimadas,  
Que no pudo en las diosas enojadas!

Acaso entonces, mas de tiempo eterno,  
Por orden infalible de los hados,  
Un pastorcillo en Latmio, un joven tierno,  
Libre de pena y libre de cuidados,  
Contra el pesado frio del invierno  
Y contra estivos aires abrasados,  
Pastaba con el llanto del aurora  
Su ganado y con réditos de Flora.

Endimion le llamaban las corrientes,  
Endimion hermosísimo los prados,  
Y repetían Endimion las fuentes  
Con ecos de cristales consagrados;  
Dulce nombre á las diosas eminentes  
Era Endimion de aquellos empinados  
Cerros, y era Endimion nombre suave  
Al bruto, al racional, al pece, al ave.

Era Endimion al tiempo del aurora  
Rubio Memnon de aljófar coronado;  
Era cuando el ardiente Febo dora  
Su media esfera Adónis adorado;  
Era cuando la noche néctar llova  
Digna causa Endimion y digno hado,  
Que sin arbitrio y resistencia alguna  
La exención cautivase de la Luna.

Libre rapaz, si bien no presumido  
De libertad en lances amorosos,  
Que entre soberbio igual y entre rendido  
Los medios veneraba virtuosos;  
Años eran los mismos de Cupido  
Con dotes de belleza tan hermosos,  
Que en el cielo por dicha ni en la tierra  
Jamás emprendió amor tan justa guerra.

Acaso mientras el ganado bebe  
De Latmio la corriente cristalina,  
Saludaba el pastor con himno breve  
La blanca luz de oriente clavellina;  
Entonces el dios niño que se atreve  
En la ocasion sacrilego divina,  
Miróle torvo y disparó derecha  
Al tierno corazón la dura flecha.

Yo, Amor, que las dietadas leyes tomo  
Sin distinciones de tu imperio rico,  
Yo, que sean de oro, sean de plomo,  
Mi gusto á tus saetas sacrífico;  
Yo, que con tu querer mi arbitrio domo,  
No resistiera: resistió el pellico  
Del libre pecho al grave mal volante,  
Entonces el vellon vuelto diamante.

Que asido el plomo en el pellico blando,  
Sin sentirlo el pastor sereno y ledo,  
El fiero pasador quedó temblando;  
Que le causó la resistencia miedo;  
Cupido el caso insólito admirando,  
Turbado, sin hablar, estuvo quedo  
Mirando á Vénus, que el temor tenia  
Como helado clavel y rosa fría.

Ignorando confusas las deidades  
El indeciso acuerdo que tendrían,  
Pensaban si consortes calidades  
A Endimion y á la Luna componían;  
Si agradables estrellas, amistades  
En los dos tan reciprocas ponían,  
Que á la Luna adorase el pastor tierno,  
Y la Luna al pastor en giro eterno.

«¡Hiérole con amor, dijo la diosa  
Si no recibe infiel ni admite olvido;  
Mas porque así mi queja lastimosa  
El agravio compense recibido,  
Una afición le infunde vagorosa  
Sin esperanza y un amor perdido;  
Quita la pluma desta flecha verde,  
Ponla pajiza que esperanzas pierde.»

Cuanto Vénus pensó fué al punto hecho,  
Y reforzado ya el rapaz valiente,  
A lo mejor del descuidado pecho  
Encaminó la flecha vehemente;  
Creció de Vénus el cruel despecho,  
Que atenta mira al pastorcillo, y siente  
Que daba al tiempo que sonaba el tiro  
Un ay ligero y un leve suspiro.

«Sin aguardar consejo de su madre,  
Conmoviendo la aljaba el dios flechero,  
«¡Habrá, rapaz, saeta que te cuadre?  
Dijo, centellas respirando fiero;  
Esta que arbol del crinito padre  
Partió jactante el corazón entero,  
Cuando entre hazañas inclitas hurlaba  
Mis flechas libres y mi exenta aljaba.»

Amor, que despreciada ve su traza  
Y de un pastor vencido se barrunta,  
La cuerda disminuye y adelgaza  
Del arco fuerte y los extremos junta;  
La flecha que del sol la limpia raza  
Imita, el aire parte, y de su punta  
Efecto solo fué del dios oído  
Un sollozo sin queja dolorida.

Inspira tú, Caliope divina,  
Cuánto dolor y cuánto sentimiento  
En espumantes iras Ericina  
Quemada repartía por el viento.  
Lúgubre rey, si tu rigor se inclina,  
Vomita Alectos, tronará mi acento,  
Cuántas venganzas de tu fiel consorte  
Imprecaba la amiga de Mavorte.

«Dioses, lloraba, que con peto duro  
De un desnudo pastor guardais el pecho,  
Pálidas sombras del averno obscuro,  
Que un rústico culbris á mi despecho;  
Baje el dolor á vuestro centro impuro  
De mi apretado corazón estrecho;  
Peor estado allí tengan mis males,  
Mis quejas y mis ansias inmortales.

«Y tú, ferrado rey, que el pecho tierno  
O guarneces con bronce ó con diamante,  
Intento animas sacramente eterno,  
A fin aspiras y á blason constante;  
Que la sagrada reina del infierno  
Es de un mortal y de un pastor amante,  
Y tú á la deste amor causa impedierte  
Opones duro la murada frente.

«Vos, manubias de Júpiter supremo,  
Vos trisuleas centellas repartidas,  
Si, lo que conjeturo y lo que temo,  
Estais de su desdicha condolidas,  
Yo, que en injurias horribas me quemó,  
Yo, que ardo en envidias encendidas,  
Brasa engendrada soy y llama roja  
Del poderoso brazo que os arroja.

«Si presumís, deidades, que el violento  
Imperio y la potencia soberana,  
A mi sagrado núnem instrumento  
Oponiendo mortal, créditos gana;  
Si pretendéis que al alto firmamento  
La esfera terrenal ultraje ufana,  
Si pervertis los órdenes fatales,  
Oponiendo mortales á inmortales;

«Guardad al pastorcillo, que el destino  
De mi poder sacrilego resiste,  
Entristezca á un espíritu divino  
El vil desprecio, y la impotencia triste;  
Y tú, parto inmortal, que el real camino  
De al orrecer, de enamorar perdiste,  
Corre desesperado, guiado ciego,  
Donde de envidia nos sepulte el fuego.»

Mientras la reina ciprítica sacaba  
Estas centellas del dolor terrible,  
Cupido atento del pastor miraba  
El pellico á sus flechas invencible;  
Buscaba las defensas y tentaba  
Los aceros solícito, invisible,  
Que puso el defendiente dios delante  
Al arco de oro y flecha de diamante.

Mas Endimion, que todo conmovido  
De encubierta deidad el pecho siente  
Y el fuego caluroso de Cupido  
Con el vecino resplandor ardiente,  
Cierra vanos discursos al sentido,  
Levántase del prado, y prestamente  
Dividiendo las densas espesuras,  
Al señor de la llama dejó á oscuras.

«¡Síguele, dijo Vénus, y Cupido,  
¡Qué importa, madre, mi correr alado  
Tras Endimion, si vuela defendido  
De causa cierta y de preciso hado?  
Yo cuidadoso el rústico vestido  
Del pecho á las espaldas he mirado,  
Y ya por infalible y alta suerte  
Le absuelve alto conjuro de la muerte.

«Si te acuerdas ¡oh amante reina! (llevo  
La infalible corriente de los hados  
A su principio) cuando el alto Febo  
De Admeto el rey pastaba los ganados;  
De aquel manso, que siempre de oro nuevo  
Arrastraba vellones encrespados  
Por los tesalios campos, y era solo  
Manso cuidado al desterrado Apolo:

«Ya que no pudo como al rey Admeto  
Librarle de la deuda de la muerte,  
Porque Jove inmortal hizo sujeto  
Al hado cuanto quiso y á la suerte;  
Fuerza de bronce y diamantino efecto  
Inspiró en el vellon divina y fuerte,  
Y quiso en especial que de mis viras  
Rompiese helado las ardientes iras.

PE-II.

«Agora el sabio Febo adivinando  
La suerte ilustre, el inclito fracaso  
Que de su amada Febe iba contando  
El año, el día, la hora, el punto, el paso;  
Arma á Endimion de aquel pellico cuando  
De la soberbia hermana teme el caso,  
Como si fuera á una presumida  
Mejor amar, que ser aborrecida.

«Mas siente amar la de la altiva frente,  
Cuando contempla su altivez rendida;  
Menor agravio aborrecida siente,  
Que puede ser de amor no conocida;  
Amando del amor la causa ardiente  
Obliga siempre á mas amor querida,  
Y por no ser con dendas obligada  
Se quiere aborrecida y despreciada.

«Huya el libre Endimion agora exento,  
Mas sujeto á los plazos desdichados,  
Que al intromiso mal, pena y tormento  
Tiene la suerte pñtos dedicados;  
Alguna vez el caluroso viento  
Desnudará al pastor y los cuidados,  
Y de la Luna entonces mas querido,  
Beberá odio mayor, mayor olvido.

«Vague la Luna en tanto, busque y siga,  
Y en lóbregas y en mudas confusiones,  
Ni amiga causa adores ni enemiga  
Con dudosas y equívocas razones;  
Maldiga el odio y el amor maldiga,  
Y abomine neutrales corazones,  
Que con mérito amigo ni enemigo,  
Ni son dignos de premio ni castigo.»

Dijo Amor, y la hija de la espuma,  
«Huyamos, hijo, que de la tirana  
Las pias suenan por la esfera suma,  
No sea que otra vez borrar Diana  
Con sus desprecios mi esplendor presuma;  
Tenga ya de absoluta y soberana  
Reina los soñolentos resplandores  
Si duerme el sueño, Amor, que tus amores.»

Cubriéronse de sombra, y por el cielo  
Atropellando nieblas espantosas,  
Diana pareció, que de su hielo  
Oros vibraba y llamas luminosas;  
Que nunca puso en el noturno velo  
Tales rayos ni lumbres tan hermosas,  
Ni tanto de fulgor cecero flamante  
La lluvia prometió tan abundante.

Si es el amor el círculo perfeto  
Que cuantas líneas hácia el alma tira  
En el centro rematan, que sujeto  
Es del inmenso círculo que mira;  
Yo te adivino en el dorado seto  
Que ya tu enamorada lumbre gira,  
¡Oh Luna! que perpetuamente llores,  
Que sin fin sientas y sin fin adores.

Era milagro nuevo ver el hielo  
Y el pecho frio del calor tocado  
Cuánta queja esparcía por el cielo  
Y cuánto lloro por el viento alado;  
La cauta noche con prudente velo  
Al exceso oponía enamorado  
De su Diana el vergonzoso manto,  
Mas dividióle de la Luna el llanto.

«Dulce Endimion, cualquiera que tú seas,  
Humano pobre ó núnem soberano,  
Yo, la mas pura de las altas deas,  
Yo, casta reina del candor ufano,  
Aspiro humana á las humosas teas  
Que anuncia blanca tu candente mano  
Y es de mis votos ya único empleo  
Endimion y Diana y Himeneo.

«Júpiter dispensó, que dió licencia  
A los de amor divinos pensamientos;  
Quizá evitó la sabia Providencia  
Casos forzosos, casos violentos;  
Causa disponga firme diligencia,  
Causa den á mi amor livianos vientos:  
Yo te adoro, yo soy libre obediente  
Y á dos fines sujeta indiferente.

50

»Si eres dios, Endimion, la semejanza  
Que entre los dos Amor puso forzosa  
Fundará a mis deseos la esperanza;  
A Endimion dios adore Cintia diosa;  
Mas si por dicha lo mortal alcanza  
En tu querido ser alguna cosa,  
Gran fundamento a grande amor tenemos,  
Que bajeza y alteza son extremos.

»Si fueres dios, amiga Carista,  
De celestial ambrosia y néctar puro  
Con amistad y blanda compañía  
Hará en la comun mesa lazo duro;  
Y yo, dulce Endimion, te adoraria,  
Si fueses hijo del olvido obscuro,  
Que aun no quisiera yo fuese criado  
De otra potencia mi pastor amado.

»Yo te sacara de la sombra fea  
Con resplandor y lumbre tan hermosa,  
Como piensa de ti la clara idea  
Y la imaginacion pinta amorosa;  
Así del corazon que te desea  
No discurriría la pasión celosa  
Si con la hermosa luz que entonces diste  
De la arúfice mano amado fuiste.

»Yo inventaré una union tan excelente,  
Dulcísimo Endimion, si eres hombre,  
Que a la esperanza admire mas ardiente,  
Que al mas desesperado ardor asombroso;  
Y porque mi concepto conveniente  
Sencilla voz no exprime ó simple nombre,  
Llamale tú, cuando de voz le formes,  
Junta amada de cosas desconformes.

»¿Quién eres, dulce causa, dónde vive,  
Claro Endimion, la lumbre soberana?  
De quién viviente luz, de quién recibe  
Anhelos, ardor, la lumbre de Diana?  
¿Dónde la mano angélica que escribe  
Carácter celestial con pluma humana?  
Dónde el original que exprime helado  
Con líquidos amores mi cuidado?

»Vos, deste caos ingratas confusiones,  
Que con obscuridad y noche fria  
Dividis dos unidos corazones  
Como un día claro de otro claro dia;  
Vos que dais en dudosas intenciones  
Indubitable palma a la luz mia  
Y abatis de ventiferos nublados  
Penachos hasta el cielo levantados;

»No interpongais de dudas tan valientes  
Tan descollados montes espantosos,  
Porque al fin uno y otro convenientes  
A mi amor y esperanza son forzosos;  
Sea Endimion de luces transparentes  
Parto, sea de olvidos perezosos,  
Hijo Endimion, por Endimion muero,  
Rico Endimion ó pobre, Endimion quiero.

»Este nombre esculpido el alma tiene  
En lo mas inmortal con un diamante;  
A mi pecho Endimion solo conviene;  
Mi pecho de Endimion solo es amante;  
Sea dios ó mortal, nacido viene  
A mi pensar y a mi querer constante,  
Y es concepto Endimion libre y exento,  
Que dió feiz mi claro entendimiento.

»Noche, yo luz a tus dudosas deas  
Di cuando con sueños espantables  
Penaban tristes y con sombras feas;  
Tú explicas liberal puntos amables;  
Noche, escasa a mi amor ni oculta seas;  
Así las nieblas de tu horror palpables  
Encubran tus amantes mas queridos,  
Que me des al pastor de mis sentidos.

»Corona de fulgores, cerco de oro,  
Que coronais de amor mi libre hielo,  
Ya en la anunciada lluvia suelta lloro;  
Oiga mi llanto el rey de mi desvelo.  
Pastor que adamo y Endimion que adoro,  
Ya del cielo me escuchas, ya del suelo,  
Blando es el hielo y es la nieve ardiente;  
Di si tu oido mis mudanzas siente.

»Que si de amar a mas amar subiendo,  
Es inconstante ser y ser mudable,  
Yo que infinitos grados voy haciendo  
Cerca de mi divina causa amable,  
Entre mis nombres sublimar pretendo  
Por excelso, por inclito el de instable,  
Y mudanzas hará infinitamente  
Mi anhelo ardor, mi adoracion ardiente.

»O si tu amor disiente a mi albedrio,  
Y no te suena bien lo de inconstante,  
Trueca, Endimion, el atributo mio  
Que renueva el amante al otro amante;  
Tú en brasa convertiste el hielo mio;  
Haz tú de mi mudable ser constante,  
Y pues eres el dios de mis quereres,  
Quita y pon almas como tú quisieres.»

Este llanto, este ardor que Cintia siente  
Con la de su pastor confusa duda,  
Era en los cielos válida corriente,  
Lluvia en la tierra fácil y menuda;  
Acaso entonces una clara fuente  
Bebia de Endimion la hueste ruda,  
Cuyo dios transparente y cristal santo  
Turbaba de la Luna el ciego llanto.

Las candidas ovejas sacudian  
El tesoro de oriente que bajaba;  
Las ondas consagradas recibian  
Lo que la bruta gente desechaba;  
Las doradas arenas que subian  
Se mezclaban con perlas, y saltaba  
El agua con calor que recibia  
Del llanto ardiente de la Luna fria.

El pastor venerando algun portento  
De las divinas y fatales cosas,  
Con temor y sagrado rendimiento  
Tocó el labio en las ondas fervorosas;  
No las bebió, mas vuelto al firmamento  
Con blandas voces dijo: «¿Oh qué hermosas  
Parecen las dos lumbres de tu frente,  
Bella Diana, en esta clara fuente!»

Por ventura, Cupido, si estuvieras  
Con tu aljaba y tus flechas allí junto,  
A tu poder y a tus aciertos diaras  
Puntual sazón y sazonado punto;  
Amor, yo deseara que anduvieras,  
Y siempre descuidado y siempre a punto,  
Con el mudable amado cuidadoso,  
Y con el firme amante perezoso.

Al tiempo que el pastor la faz al cielo  
Alzó, fué visto de la Luna bella,  
Que allí reconoció de su desvelo  
La ocasion y la causa de su estrella;  
Llena de turbacion, con fuego y hielo  
La voz resuelve y la palabra sella,  
Duro caso que a todo amante asombra,  
Que es del mayor amor el temor sombra.

Bien quisiera la Luna que empezara  
Endimion y su pena le dijera;  
Quisiera que Endimion amante hablara  
Lo que Diana desdeñosa oyera;  
Quisiera que al pastor Diana culpára,  
Que a Diana el pastor disculpa diera;  
Porque tratar así cosas humanas  
Es avisado estilo de Dianas.

Mas ¡oh Luna! que frustran tus desvelos  
Los decretos noctivagos de Juno;  
Que es orden interpuesto de los cielos  
Que sin flecha de amor ame ninguno;  
Febo el Tesalio de acerados velos  
Cubrió al simple pastor; ni pudo alguno  
De los de Amor agudos pasadores  
Pasarle el peto ni infundirle amores.

No supo decir mas la casta diosa  
Que mirar a Endimion tan dulcemente,  
Que sin amar amara la amorosa  
Llama el pastor que el hado no consiente;  
Mas cuanto la violencia poderosa  
Pudo hacer del objeto vehemente,  
De Cintia amó Endimion la clara lumbre,  
Si es amor la inclinada pesadumbre.

Quien llama acto al amor libre y exento  
Niega que amó Endimion, en quien Cupido  
De amores no infundió libre tormento;  
Pero quien defendió el amor asido  
A las inclinaciones, sentimiento  
Tiene opuesto; que amor en tal sentido  
Es en almas forzoso y corazonces  
Como en los fundamentos relaciones.

Sea causa fatal a dos amantes  
Lo que la conveniencia firme alcanza,  
Opuestos dos hermosos semejantes,  
¿Quién negará amorosa semejanza?  
¿Quién no confiesa en causas consonantes  
Del amoroso efecto la esperanza?  
¿Quién pervirtió esencias inmortales  
Niega que son iguales dos iguales?

Mira el pastor los candidos fulgores  
De Cintia repetidos en la fuente,  
Y de ferzosos, no libres amores  
El peso natural que oprime, siente;  
Causas de amor dijera yo mayores  
Las que no tienen vida diferente  
Del alma, con quien tienen alma unida  
Las que tienen un ser con nuestra vida.

Amar queria el pastor, y no queria,  
Que aunque la inclinacion le arrebatara,  
Amor el acto libre suspendiera,  
Porque Endimion amor libre ignoraba;  
La causa helada en viva llama ardia,  
El amoroso efecto no sacaba  
Con sabia claridad, con clara ciencia  
El alma de confusa indiferencia.

Reverberaba en líquidos cristales  
La clara luz ardiente de la diosa,  
Y de la fuente y llamas inmortales  
Repercusa nacia lumbre hermosa;  
El resplandor de Cintia paternales  
Causas dispuso con la fuente undosa,  
Y el luminoso efecto que nacia  
Era parto de amante compañía.

Dijo Endimion entonces: «Esta llama  
Que deste resplandor y desta fuente  
Nace y el medio alumbra, amor se llama,  
Y unido efeto en causa diferente;  
Pues, como dijo Cintia, ¿no te inflama  
El ejemplo de amores evidente,  
Y no dispones tú como estas ondas  
Alma que engendre amor y correspondas?»

»Tiene amor una gloria, que al sugeto,  
Sea rústica pena, infunde ciencia,  
Y entre la causa obscura y el efeto  
Distingue con aguda diferencia;  
Rudo es el libre, inculco y en efeto  
Sin lumbre, sin razon, sin experiencia;  
Y aquel en quien de amor la luz no arde  
Ignora presto y raciocina tarde.

»Endimion era libre, y de su amante  
El agudo argumento no concibe,  
Que es libertad rudeza de diamante,  
Y razon delicada no recibe;  
Cuidó que aquella vida relumbrante,  
Que a Cintia y en sus bellos rayos vive,  
Pedía reina y diosa adoraciones,  
No enamorada humanos corazonces.

»Ya sé, luciente Delia, que naciste  
Nieta del cielo y parto de Latona;  
Ya sé, Diana, que engendrada fuiste  
Del rey que a las demás diosas corona;  
Sé que la noche obscura dia hiciste  
Con veces de la délica persona,  
Y que eres dignamente tú en los cielos  
La reina sola de los castos hielos.

»Yo te rindo solivagos cuidados,  
Porque en serena noche eres Diana;  
Por hija de los cielos adorados  
Veneracion te ofrezco soberana;  
Por vireina del sol los sublimados  
Incienso en la tarde y la mañana;  
Por casta hija de Jupiter prometo  
A tu pureza celestial respeto.»

«¿Hay desesperacion en el infierno  
Tan áspera, tan dura, tan amarga?  
¿Puso Megeira de dolor interno  
Al corazon ligero tanta carga?  
No hay tormento mayor ni mas eterno,  
Ni pena tan dañosa ni tan larga,  
Como en vil confusion de obscuro olvido  
Con el amante hablar desentendido.

»No quiero yo, pastor, ser respetada  
Como parto de Jupiter ni el cielo;  
Yo de Endimion pretendo ser amada,  
Y que no ingrato mires mi desvelo;  
Agora, mi pastor, de ti adorada  
Me niega obscuro temeroso velo,  
Si me quieres hermoso, como a hermosa,  
O si me adoras hombre como a diosa.

»Oh reyes dioses que en la empirea esfora  
Potencias sois! oh principes deidades  
Solos a quien negó la suerte fiera  
Satisfaccion de puras amistades!  
¿Qué averiguada fe cierta y entera  
Confunden vuestras altas calidades?  
Ni dice el alma qué estima en los reyes,  
Si del amor, si del temor las leyes.

»Si fueras tú, Endimion, rey en el cielo,  
Y deste monte fuera yo pastora,  
Fácil supiera yo si tu desvelo  
Mi razon respetaba por señora;  
Entonces fuera el reverente hielo  
Familiar llama y fuego, mas ahora  
No sé si el sacrificio soberano  
Es divina ambicion ó amor humano.»

Dicho, Endimion postrado de rodillas,  
El resplandor de Cintia luminoso  
Con puras voces claras y sencillas  
Adoró y con afecto religioso;  
Conoció la Luna, y sus mejillas  
Fuentes volvió de llanto tan copioso,  
Que sobre los vellones derramado  
Dejó el campo el pastor con su ganado.

«Sigue, dijo Diana, tus ovejas  
Y la rústica grey, pastor grosero;  
Vive tú desdeñando lo que dejas,  
Que yo siguiendo tus desdenes muero;  
Cierra, pastor ingrato, las orejas,  
Ni oigas de la luna el llanto fiero,  
Que lloverán fulmineos mis amores  
Truenos horribles, trémulos fulgores.

»Sigue de tus ovejas esparcidas,  
Pastor infiel, sin orden los cuidados;  
Formen ideas mal desvanecidas  
Tus vanos pensamientos derramados;  
Las campesinas fieras homicidas  
Hagan suerte feroz en tus ganados;  
Ni sienta el fido can el presto robo  
Del tigre ardiente y vigilante lobo.

»Quiera el cielo, si el cielo al fin reserva  
Al delito castigo merecido,  
Que niegue a tu ganado el prado yerba  
Y cristal el arroyo endurecido;  
Serenidad a tiempo y lluvia observa,  
Y el contingente efecto merecido  
A tu cansada fe responda avaro  
Sin lluvia en ocasion ni tiempo claro.

»Sóbrele a tu zurrón quejas sin cuento,  
Pastor ingrato, y en tu infiel oido  
La falta se repita de sustento  
Con voz cansada y pálido gemido;  
Tu cayado bien triste y malcontento  
Te niegue justo alivio retorcido,  
Y si en tu grey al fin buscas descanso,  
El can te muerda y desconozca el manso.

»Nubes y confusion, bajad seguras  
Y el ganado ofuscado descarriado,  
Que ya no guiarán con lumbres puras  
Al pastor mis estrellas ni al ganado;  
Logre la obscura suerte sus venturas  
Con la ventura que Endimion ha hallado,  
Y en la noche, sin senda ni camino,  
Encuentre incierto cierto su destino.»

»Qué dorada ocasión con rayos rojos  
A la cándida luz prefieres mía?  
Qué causa dulce, ingrato, de mis ojos  
Te lleva y de mi casta compañía?  
Si es celosa ocasión a mis ojos  
En esta oculta selva alguna dria,  
Bien desprecias pureza cristalina,  
Rudo Endimion, por la deidad de encina.

»Torreada madre, reina montañosa,  
Que habitas con espíritu divino  
La cumbre de la sierra pedregosa,  
Y dejas, profetisa, el real camino:  
Inspira a Cintia la pasión celosa  
Que al pérfido doncel convierta en pino;  
Sobresalga entre todos descollado  
Mi pastor desleal avergonzado.

»Mas yo que deslealtad culpo traidora,  
Y yo que fe baldono fugitiva,  
¿Por qué con trato infiel me quemó ahora?  
¿Cómo en traición me abrasó fugitiva?  
Viva, Endimion, tu ley despreciadora,  
Y tu tirano imperio, Endimion, viva;  
Sabré morir viviendo despreciada,  
Sabré vivir muriendo mal pagada.

»Yo, querida ocasión, yo siento y vivo  
Con aire de tu espíritu forzoso;  
Yo he de seguir tus fugas fugitivo  
Y tus fieros desdenes desdenoso;  
Las esquivas tuyas, dulce esquivo,  
Amaré y las tardanzas perezoso,  
Y en víctima agradable tus rigores  
Pondré sobre el altar de mis amores.

»Si eterna fuere; oh amado! tu esquivaza,  
Si duraren eternos tus desvíos,  
Un retrato amaré de mi pureza  
Y un semejante de los hielos míos;  
Y si mudas cual yo naturaleza,  
Aliento nuevo, espíritus y bríos,  
Vuelto de frío hielo estrella amante,  
Seguiré con amor mi semejante.

»Siga tu voz el manso placentera;  
Calle el zurrón y sufrate el cayado,  
Libre de rabia ardiente y boca fiera,  
Viva, pastor hermoso, tu ganado;  
Goce con siempre verde primavera  
Tu ventura feliz eliseo prado,  
Y con aire seguro y cielo eterno  
Ni temas el estío ni el invierno.

»Yo desviaré otra vez, si amo prudente,  
La ardiente lluvia y el ardor lluvioso  
Del sereno cristal, felice fuente  
Donde bebieres tú, pastor hermoso;  
Yo con serena luz y clara frente  
Despejaré este medio tenebroso,  
Porque huya tu grey amada y siga  
Amiga prohibición ley enemiga.

»Di, mi dulce Endimion, ya amante seas  
Claro de los fulgores de Diana,  
O ya con sombras distraído feo  
Aborrezcas mi lumbre soberana;  
Si objeto soy cualquiera que desees,  
Con memoria de mi sólida o vana,  
Si me da algún estado en tí la suerte,  
Sea vida infeliz ó feliz muerte;

»Sea Diana de tu amor amada,  
Sea de tu rigor aborrecida;  
Sácame tú de la confusa nada  
; Oh valeroso dios! a alguna vida;  
O ejerce odiosa tu pasión amada,  
O amante tu pasión aborrecida:  
Tibios medios no quiero, extremos pido,  
Que el tibio proceder provoca a olvido.

»Entre dicha y desdicha no quedara  
Con estrella de bien y mal ajena;  
Si tu cuidado con mi amor llenara,  
Gozara yo de amor la gloria llena;  
Tuviera de la pena que causara  
En tus amores merecida pena,  
No el caos y confusión de mi memoria,  
Insensible a la pena y a la gloria.»

Así Cintia lloraba, así quería  
A un rapaz pastoreillo, a un niño exento  
Cintia, que en frío ardor y llama fría  
Las luces abrasó del firmamento;  
Así la diosa libre el mal sentía,  
Que hizo en los altos dioses sentimiento;  
Así la midió el hado justiciero  
Con la medida que midió primero.

Entonces Endimion sobre el ganado  
Velaba con amor tan cuidadoso,  
Que aun leves a la vela y al cuidado  
Treguas no concedía de reposo;  
El hijo de Calisto había tocado  
En la mitad del globo luminoso,  
Y era el pastor en el discurso largo  
Lince de bronce y acerado Argo.

»Duerme, claro Endimion, descansa y duerme,  
Dijo mirando a su pastor Diana,  
Que sabré yo también pastora hacerte  
Cuidadosa en la noche y la mañana;  
Sé yo, en la tarde, lámpara volverme,  
Y en el aurora antorcha soberana,  
Y con áureo vellón de luces bellas  
Fulgores rijo y apaciento estrellas.

»No has visto por la tarde ladradores  
Canes atentos mi esplendor mirando  
Cómo contra famélicos rigores  
Están mis claras velas avisando?  
Pastora universal de los pastores  
Soy, que las fieras nieblas desviando,  
Traigo en la obscura noche claro día,  
Que aparta al lobo y al león desvia.

»Yo velaré mejor, yo haré la vela  
Con mas cierto reloj y hora mas cierta;  
Yo, a quien el vivo temor que me desvela,  
Tiene con celos y amor despierta;  
Al tiempo que el brumoso invierno hiela,  
Y hace el calor a la campaña yerta,  
Velaré yo debajo de los cielos,  
Pastor amado, con amor y celos.

»Que veles de la tarde hasta el aurora,  
Si velas sin amores descuidado;  
Expuesto yace a boca tragadora  
En medio de la noche tu ganado;  
Cuidado sin amor no tiene hora,  
Ni sin celos hay punto descuidado,  
Que el que no vela y ama cosa cierta,  
Es velador sin luz y llama muerta.

»Duerme tú, porque yo mire dormido  
El claro resplandor de tu hermosura;  
Deja el alma que adore tu sentido,  
Si no puede gozar el alma pura;  
Duerme, porque a mi pena agradecido,  
Le valga a mi desvelo su ventura,  
Que gozando yo así tu imagen muerta,  
Con mi esperanza soñaré despierta.

»Duerme, pastor, que de mi casto hielo  
No mires el blason a quien desea  
Caído y derribado por el suelo  
La llama connubial de humosa tea;  
No mires de tu olvido y mi desvelo  
La hermosa guerra y la batalla fea,  
Ni la lid afrentosa que ha tenido  
Mi amor despierto con mi honor dormido.

»Duerme, Endimion, que mides justamente  
El premio igual a la esperanza mía,  
Sea del esperar el alma ardiente,  
Sea del poseer la vida fría;  
Dormido aparta espíritu viviente,  
Y dormido el vital aire desvia,  
Que por trofeo a mi esperanza pones  
Premios sin vida y muertas posesiones.

»Dioses de negra Peña y mármol duro,  
Que con aspecto plácido y severo  
Feliz imperio moderáis seguro  
Del sueño hermoso y del letargo fiero;  
Cintia, la diosa del invierno puro,  
Vuestra divina estancia tocar quiero;  
Despierten a mi luz y rayo fuerte  
Los que en la sombra duermen de la muerte.

»Sueño pido a un pastor, que desvelado  
No admite helado y frío mi desvelo,  
Sueño divinamente fabricado  
De resplandor de llama y flor de hielo;  
Caiga Endimion, amante descuidado,  
Junto a su aprisco en el ameno suelo,  
Que infunda así dormido en mi memoria  
Un alma celestial su muerta gloria.»

Dijo, y las blancas pias arrancaban  
A las previstas señas obedientes,  
Cuando las nubes pálidas bajaban  
Medrosas de las ruedas relucientes:  
Ligeras unas con temor volaban,  
Otras corrían con fulgor ardientes,  
Cuando helia entre lumbres inmortales  
Toca del sueño lóbregos umbrales.

## CANTO III.

Hay entre Báyas y la antigua Cuma  
Un sitio liberal, ameno, donde  
Jamás alberga la pesada bruma,  
Ni sus rayos el sol jamás esconde;  
Siempre con toldos a la llama suma,  
Y con abrigos siempre corresponden  
Al invierno cruel la estancia amena,  
Llena de abrigos y de mayos llena.

Aquí de hiedra y álamos torcidos  
Un pabellón umbroso se levanta,  
Que en sacra ociosidad a los dormidos  
Dioses recrea y en hólgora santa;  
Blando cristal de arroyos esparcidos  
Suavemente fácil se quebranta,  
Dando apacible escándalo sonoro  
A las aguas de plata guijas de oro.

Tres capillas aquí divinamente  
Coros alternan diestros y suaves,  
Que responden al son de la corriente  
Los aires puros y las dulces aves;  
Con proporción variada competente  
Allí los tiple suenan, altos, graves,  
Que de los aires el compás maestro  
Las aves y las aguas rige diestro.

Color elíseo los amenos prados  
Conservan con el riego cristalino,  
Y espira de los árboles cargados  
Suave olor y espíritu divino;  
Aquí el campo distinguen variados  
Albergues mil sin senda ni camino,  
Porque en tocando la dormida tienda,  
La yerba crece y bórbase la senda.

A imitación de la celeste esfera  
El sitio ameno y apacible alcanza,  
Con visos de perpetua primavera,  
Orden alegre, armónica templanza;  
Ni mejor posesión el prado espera,  
Ni hay de mas dulces frutos esperanza;  
Que el alma, en dulce sueño sepultada,  
Nada apetece ni le falta nada.

Y como de los ejes celestiales  
Que sustentan triunfante el firmamento  
Con ordenadas vueltas y cabales  
Persevera diverso el movimiento;  
Así en las primaveras inmortales  
Del vario sitio y del florido asiento  
Firme se muda, y persevera noble  
La consonancia y variedad inmobile.

El arbóreo alcázar fabricado  
De huecas ramas, verdes y pomposas  
Erige en la mitad del fresco prado  
Pirámide de yerbas olorosas;  
Aquí, en alto descanso sepultado  
Yace difunto a las visibles cosas  
Con arrugada frente y torvo ceño  
El rey temido del profundo sueño.

La pesada cabeza coronada  
Con diadema de blanda dormidera,  
Pobladas sien y cejas, y cerrada  
La estrecha frente con guedeja fiera;  
Ancha nariz, que rompe violentada  
Una respiración que otra no espera;  
Labio flamante desmedido y bronco,  
Puerta patente del sonido ronco.

Letargo llaman este los que llaman  
El imperio del sueño dividido,  
Cuyos efectos lóbregos inflaman  
Con fantásticas sombras el sentido;  
Lecho al resuelto dios forman y enraman  
Del álamo las hojas denegrido,  
Con que Alcides muró la osada frente,  
Cuando el trífauce can higo valiente.

El sueño (este es el otro rey que impera  
La aurora y prima noche sosegado)  
Duerme con grata faz y placentera  
Niveo en serenas flores y rosado;  
Que amenidad de blanca primavera  
Y de su cielo el resplandor dorado  
Medio pronuncian de templanza bella  
En el dormido signo y quieta estrella.

Suavemente destrozadas rosas,  
Y blandamente azabar deshecho,  
Con descuidado alino cuidadosas,  
Daban al dulce dios sabroso lecho:  
Ardían las mejillas amorosas;  
Azucenas nevaba el blanco pecho,  
Y coronaban la serena frente  
Flor de hiedra y oliva floreciente.

Los descuidados ojos defendidos  
De transparentes delicadas puertas,  
Sin aparente error, a los sentidos  
Visibles cosas representan ciertas;  
No evanescen allí premios fingidos,  
Ni descaecen esperanzas muertas,  
Que lo claro discernen de lo obscuro  
Párpados de cristal luciente y puro.

No entre el objeto allí ni la potencia  
Intermedia falible el blanco diente,  
Ni con mediana luz, si cierta ciencia,  
La densa punta de taurina frente;  
Que funda la verdadera experiencia  
Medio mas claro y lumbre mas valiente,  
Y muestra la verdad clara y constante  
Cristal de roca a punta de diamante.

En hora desigual descansa y pena  
El blando sueño, el rígido letargo,  
Uno es quietud de cielo dulce llena,  
Otro llena inquietud de infierno amargo,  
Con gozo y con dolor, con gloria y pena,  
Con breve gusto y con tormento largo,  
Y tan opuestos son en sus desvelos,  
Que el uno tiene amor y el otro celos.

El uno y otro dios de sus rendidos  
Contraria ostentación hace y alarde:  
Uno en el alba muestra sus dormidos,  
Otro sus muertos en la obscura tarde;  
Unos con nobles pechos y atrevidos,  
Otros con el servil miedo cobarde,  
De plomo obscuro mar reman forzados,  
Pasean mar de leche enamorados.

Satisfacciones unos animosos  
Fundan del alba al venidero día;  
Agravios otros flacos y medrosos  
Anuncian tristes en la tarde fría;  
Y como en el sentido son forzados  
Los casos de la fuerte fantasía,  
Estos el seco fin soñado pierden,  
Y aquellos gana su esperanza verde.

Unos que al nimen lóbrego sujetos  
Estigio plomo beben congelado,  
En el alma ejercitan los efectos  
Del miedo obscuro y del temor pesado;  
; Duro mal! Que prorumpen los concetos  
Del abortivo parto imaginado,  
Cuando el violento dios junta a la boca  
Inmóvil puerta de pesada roca.

Temer, y del temor las penas vivas  
Huyen con presto miedo perezosos,  
Que implicaciones horridas y esquivas,  
Resueltos pasos atan y dudosos;  
Alas de presto viento fugitivas  
Das; ¡oh ligero miedo! a los medrosos,  
¿Cómo al que teme agora infundes, cómo  
Correr de mármol y volar de plomo?

Otros que la porción toman debida  
Por grado ó fuerza del obscuro lago,  
A quien de hierro líquido bebida  
Brinda la muerte y ferrugineo trago;  
Las nueve vueltas de la Estige fida  
Siguen con movimiento errado y vago,  
Y al fin en hierro frío naufragantes  
Repiten giros otra vez errantes.

Estos las claras cosas con antojos  
Perturban de colores diferentes,  
La cándida luz llaman rayos rojos,  
Y los fulgores blanca nieve ardientes;  
Las tres dobladas puertas de sus ojos  
Son triangulares vidrios transparentes,  
Y juzgan con fantásticos errores  
El miedo celos y el temor amores.

Otros que el aquerónico Leteo  
Aneja en culpas y en obscuro daño,  
Absorta la esperanza y el deseo  
En mar licuente de confuso estaño,  
De la deslealtad y trato feo  
No penetran falidos el engaño,  
Y en las pesadas ondas sumergidos,  
Dan crédito al pesar de los sentidos.

Estos cuya altivez émula aspira  
Al sol en sus efectos señalados,  
Doradas platas erian con mentira,  
Y con afectación oros plateados;  
Verdad la falsedad su vista mira  
Y juzgan los oídos engañados  
Que es plata y oro de sencillas manos,  
Y hacen doble moneda dobles Janos.

Esta manera duermen los rendidos  
Al soñolento nimen perezoso,  
Y tan pesado mal en los sentidos  
El pensamiento carga sospechoso;  
Allí el fiero Leteo sumergidos  
De pena á pena los arroja undoso,  
Y en cada vuelta de la Estige fiera  
Los atormenta el dios de su manera.

Mas el celeste sueño, que en la vida  
Infunde con amores vital muerte,  
Otros efectos su pasión valida  
Introduce en el alma de otra suerte;  
No allí fuegos empíreos presumida  
Toca imaginación sensible, fuerte,  
Ni á los negros umbrales de Caronte  
Baja arrojada del Olimpo monte.

Ninguno ofusca con turbado lloro  
El claro objeto que miró en el día;  
Si miente alguna vez, mentira de oro  
Al sueño fiel y á la aprehensión confía;  
Júpiter inmortal tanto decoro  
Concedió á la amorosa fantasía,  
Que lo que niega el decretado daño  
Conceda á los amantes el engaño.

Júpiter ordenó que si engañase  
El soñolento error á estos dormidos,  
Cuanto su amor quisiese y desease  
El hado concediese á los sentidos;  
Que su esperanza el amador gozase,  
Que con mutuos amores respondidos  
Premiase el vigilante amor la amada  
Con cierta posesión, pero soñada.

¿Qué bien no determinas al amante?  
¡Oh causa del amante venturosa!  
¡Oh estrella defendida con diamante!  
¡Oh valida intención, firme y forzosa!  
Si con fingidas luces obversante  
Gloria tu amor anima tan hermosa,  
¿Qué dará amor con verdaderas lumbres  
Cuando te encimen sus gloriosas cumbres?

El ardor de los unos que bañaba  
Licor fragante de purpúreas rosas,  
De rubicundo amor representaba  
Señales al amado vergonzosas;  
Cándidas rosas el amor mezclaba,  
Que es grata junta de contrarias cosas,  
Y era en el dulce sueño consagrado  
Su mas querido amor blanco y rosado.

Aquí al amor de rosa los desvelos  
Nunca guardaron con recelo impuro,  
Que sin otra defensa de los cielos  
Consigo mismo amor vive seguro;  
Aquí llama sin humo, amor sin celos  
Limpia, acrisola y diviniza puro,  
Que por defensas fieles y divinas  
Son guardas de la rosa sus espinas.

Otros licor de púrpura bebiendo,  
De flamante clavel electo y fino,  
El vino consagrado están durmiendo,  
Que de los dioses es néctar divino;  
Quiéren sin discurrir, llegan corriendo  
Al fin sin las tardanzas del camino,  
Y con amor tres veces abrasado  
Gozan sin pretender feliz estado.

Estos aroma inspiran, que de muerte  
Preservan el reposo corruptible,  
Que una suerte es remedio de otra suerte,  
Y fin de un imposible otro imposible;  
Así el destino firme se pervierte  
Con determinación de hado infalible,  
Así á la dicha de la nieve cana  
La llama del clavel destruye ufana.

Otros jazmin y cándida azucena  
Beben resuelta en néctar cristalino,  
Que del impuro amor grosera pena  
Prohíben al espíritu divino;  
Llama de accidental color ajena,  
Y fuego libre de accidente indino  
Bebe el enamorado casto, y bebe  
Alma de hielo y corazón de nieve.

El dorado alhelí de los discretos  
Brinda al gusto deshecha la esperanza,  
Que del amar variable á los efectos  
No atienden de tormenta ni bonanza;  
Desesperados viven, ni sujetos  
Al desden, al recelo, á la mudanza;  
Que toca libertad de tanta esfera  
Quien ama y por amar se desespera.

En el florido pabellón ninguno  
Inspira violeta turquesada,  
Que ignora el sitio con sus celos Juno  
Tras de la hermosa vaca desvelada;  
Argos allí cobarde é importuno  
Punto no tiene ni hora señalada,  
Que en el alba, en la siesta y en la tarde  
La satisfecha luz durmiendo arde.

Tampoco la jaspeada clavellina  
Inclina al sueño con licor variado,  
Ni á sereno placer su jaspe inclina  
De colores inciertos matizado;  
El simple amor composición declina  
Recto, sencillo, puro ni doblado,  
Porque entre dos amantes ser alcanza  
De una balanza fiel y otra balanza.

Solo el celeste lis que en vez de celos,  
Turquesado una vez, otra dorado,  
Ya el rubio sol retrata, ya los cielos  
Exprime con simbólico dechado,  
Sus dormidos ajenos de desvelos  
Alimenta y ajenos de cuidado,  
Si es cosa natural á los mortales  
Contemplar los secretos celestiales.

Tales allí el espíritu florido,  
Tales flores inspira el suave aliento,  
Que absorbe el corazón, y en el sentido  
Extasis celestial cuple contento;  
Así el sagrado amor favorecido  
Seguro va en perenne crecimiento,  
Porque la posesión mas alcanzada  
Es de los mas discretos mas amada.

Estos umbrales la nevada diosa  
Pervirtida de amor tocaba, cuando  
La noche de la esfera luminosa  
Iba el obscuro medio declinando;  
Calan sus luces por la selva umbrosa,  
Las no violadas sombras asombrando,  
Y el resplandor á su dormir sereno  
Fué en vez de rayo de fulgor y trueno.

Que los retiros lóbregos heridos  
Con el caliente hielo destemplado  
Revelaban patentes sus dormidos  
Al repentino resplandor nevado;  
Los soñolentos dioses conmovidos,  
Con miedo el uno, el otro con cuidado  
Alzó el letargo retorcido ceño,  
Y cristalinos párpados el sueño.

«Dioses de la quietud y del descanso  
A mortal é inmortal, clamó Diana,  
Vosotros que inspirais sereno y manso  
Espíritu á la tarde y la mañana:  
Perdon merezca que cansada canso;  
Venia pido, que soy la soberana  
Reina candente de nevados hielos  
Y me abrasan ahora amor y celos.

«Si son de las deidades celestiales  
Por suerte igual comunes los afetos,  
Y á los bienes los dioses y á los males  
De los amigos dioses van sujetos;  
Si temen en los cielos inmortales  
Los inmortales cielos los defectos,  
Si refieren los dioses á sus cuentas  
De no vengadas diosas las afrentas;

«Dioses, con providencia prevenida  
Pido eviteis el verdadero daño,  
La ruina infeliz y la caída  
Mayor que fabricó artifice engaño;  
Dioses, yo soy la diosa presumida;  
Dioses, mirad qué presto el desengaño  
Con blandas llamas del empero cielo  
Derribó mis alcázares de hielo.

«Mi amor es Endimion, y vos el medio  
A mi dudoso honor pensad seguro,  
Que es Endimion querido mi remedio,  
Sea con puro amor ó con impuro;  
Si confesado el duro mal, remedio  
El venidero mal, austero y duro,  
Cintia lo dice; despertad, dormidos;  
Endimion es pastor de mis sentidos.

«A mí la clara lumbre de mi hielo  
Y mi sacra pureza cristalina  
Ofrece medio agora á mi desvelo,  
Que apruebe docta vuestra luz divina;  
Llueva sueño al pastor de vuestro cielo,  
Que al sueño desvelado ya se inclina,  
Cuando en el campo su velar bizarro  
La vuelta espera del fulgente carro.

«Porque mi deshonra no vea despierto,  
Deseo yo gozar su amor dormido,  
Si amor se ha de llamar el acto muerto,  
Y sin juicio el acto consentido;  
Este fin me propuso el hado cierto,  
Cualquier medio de mí será elegido,  
O sea natural ó violento,  
Si firme toca mi fatal intento.

«Amor me dijo que con luz le hablase,  
Honor me dijo que sin luz le viese,  
Que discurriendo su razón le amase,  
Que su razón callando le quisiese;  
Ordenó mi juicio que tomase  
Medio que entre los dos sentencia hiciese,  
Y que siguiendo honesta mis venturas,  
Si las hallase, las gozase á oscuras.

«Conmovido, sacros dioses, el consejo  
De silentes potencias sosegado;  
Libre á vuestra elección el medio dejo,  
No el dulce fin que necesita el hado;  
Ni os persuado mas, ni mas me quejo  
Del evidente mal amenazado;  
Haga vuestro consejo docto y sabio  
Señora á Cintia del fatal agravio.»

Hay á los lados de la tienda umbrosa,  
Por donde el sueño ofrece oculta puerta,  
Bañados de una y otra undante fosa,  
Dos árboles de obscura forma incierta:  
Uno en la calentura maliciosa  
Del celoso rocío muerte cierta,  
Otro en su riego su verdor bañando  
Inspira en los amantes sueño blando.

«Ay del amor que llega aquí causado  
Del rígido desprecio y del camino,  
Si por suerte infeliz le pone al lado  
Del pesado letargo su destino!  
Durmíose el dios que el árbol desdichado  
Desamparado vió, mas el divino  
Sueño atendió, caído el nimen ronco,  
Que hablaba Delia desde el sacro tronco.

«Temió de Cintia el femenino empeño  
El dios y el infortunio de la diosa,  
Y como los que duermen, con el sueño  
Niegan nada y conceden toda cosa,  
Inspira al punto de su amado dueño  
A Cintia la respuesta presurosa,  
Y un ramo que ofreció el árbol vecino  
Le dió bañado en riego cristalino.

«Cerró el nimen los ojos esto hecho,  
Y á la radiante lámpara la puerta:  
Parte veloz Diana, que en el pecho  
Razon á su deseo lleva cierta;  
Pasa de la Campania el mar estrecho,  
Toca de Latmio la campaña muerta,  
Que tenia el silencio sepultados  
Los canes, los pastores, los ganados.

Solo Endimion atento no dormía,  
Raro caso, sin celos, sin amores,  
Y el claro parto de Titon quería  
Despertar sus caballos voladores;  
Llega Diana, y en la noche fría  
Hielos aparta, escondé resplandores,  
Que para estivo amor y amante estio  
Es invierno la luz y infierno el frío.

Tendió de leve niebla vergonzosa,  
Sobre la clara faz obscuro velo,  
Confusa con temor y amor la diosa;  
Mas las estrellas desde el alto cielo  
Con maligno esplendor y luz curiosa  
Maliciosas notaban el desvelo  
Constante y la caída irreparable  
De su altivez y su deidad mudable.

Sacude el ramo cerca de la frente  
La sacra pureza cristalina  
Ofrece medio agora á mi desvelo,  
Que apruebe docta vuestra luz divina;  
Llueva sueño al pastor de vuestro cielo,  
Que al sueño desvelado ya se inclina,  
Cuando en el campo su velar bizarro  
La vuelta espera del fulgente carro.

«Porque mi deshonra no vea despierto,  
Deseo yo gozar su amor dormido,  
Si amor se ha de llamar el acto muerto,  
Y sin juicio el acto consentido;  
Este fin me propuso el hado cierto,  
Cualquier medio de mí será elegido,  
O sea natural ó violento,  
Si firme toca mi fatal intento.

«Amor me dijo que con luz le hablase,  
Honor me dijo que sin luz le viese,  
Que discurriendo su razón le amase,  
Que su razón callando le quisiese;  
Ordenó mi juicio que tomase  
Medio que entre los dos sentencia hiciese,  
Y que siguiendo honesta mis venturas,  
Si las hallase, las gozase á oscuras.

«Dime, fiel corazón, así del viento  
Con estrella tus alas afentada  
Eternamente heban suave aliento,  
¿Es Cintia, de Endimion amado, amada?  
¿Es Cintia de Endimion grato contento?  
O por suerte fatal y hora menguada  
¿Es á Endimion el rendimiento mío  
Causa de olvido y causa de desvío?»

»Dime, fiel corazón, que siempre al sueño  
Argos celeste veles invencible,  
Si quiere otra ocasión mi amado dueño,  
Si con mi amor compite amor posible,  
Si a mi esfera de luz cristal pequeño  
Opuesto eclipsa, impide aborrecible,  
Si con desvelo infiel á mis desvelos  
Otro amor le entretiene y me da celos.

»Dime, fiel corazón, que de la vida  
Origen seas y árbitra balanza,  
Si señaló la suerte aborrecida  
Desesperado premio á mi esperanza,  
Si de falible amor causa caída,  
Si de infalible causa firme alcanza,  
Si queriendo será tan inmutable  
Como querida fui varia y mudable.

»¿Qué diosa terrenal, dime, que diosa  
En el divino solio de los cielos,  
De mis celestes dichas envidiosa,  
O pone astuta á mis amores hielos?  
Vosotras, cambres de Pelion y Osa,  
Escalas no seréis, pondréis mis celos  
Cuando la imaginación mia os remonte,  
Gigantes fieros, monte sobre monte.

»Di, corazón leal, que no lo seas  
Cuando el pastor sonare desvelado  
Tristes anuncios, fantasías feas,  
¿Dónde la fantasía y el cuidado  
De mi cuidado y mi Endimion empleas?  
¿A qué dichas dichoso aplica el hado  
Memoria del pastor agradecido,  
O á qué desdichas del pastor olvido?»

Pesaba tanto la mármorea mano  
Sobre el pecho al pastor, que no podía  
Dar por la voz el alma paso llano  
A la fida respuesta que salía;  
Próvido entonces sobre el viento vano  
Amor á los intentos asistía  
De su agraviada madre, y á la diosa  
Con sencillez habló tan maliciosa.

»¿Sabes por dicha de un pastor, pastora  
(Así el amor disfraza las deidades),  
Por quien Cupido preguntaba agora  
A este monte, á estas mudas soledades,  
Que blasona la flecha vencedora  
De amor y las rendidas libertades,  
Y se llama Endimion, que aspira ufano  
A la exención del arco soberano?»

»Que si le hallo, Amor me ha prometido  
Esta cumbre la mas hermosa dria,  
Porque grosero paga con olvido  
Sagrado amor y con memoria fria;  
Dijome que era del aborrecido  
Cuanto la blanca Luna le ofrecia,  
Y á los sátiros momos burladores  
Contaba de la Luna los favores.

»Que queria mudar la oculta suerte  
Y jugar con los dos de amor trocado,  
Que Cintia con horror huyese fuerte  
Del agreste pastor el vil cuidado;  
Que fuese á Cintia de Endimion la muerte  
Vida, y vida al pastor enamorado  
De su Cintia fatal la ingrata vida,  
Y espíritu la llama aborrecida.»

No fabricaba Amor esta mentira  
Porque Cintia al pastor aborreciese,  
Que no podía la amorosa víra  
Querer mal si el pastor ingrato fuese;  
No porque á enojo y á indignada ira  
Con los viles desprecios la moviese,  
Que no ignoraba Amor que los desprecios  
Remora solo son de amantes necios.

Quiso Amor que la Luna aborrecida  
Su mas ingrata causa mas amase,  
Que de bajos denuestos ofendida  
La majestad por su ofensor pensase;  
Quiso Amor que á su real llama encendida  
Materia de querer supeditase  
Por caricioso amor duros rigores  
Y olvidos frios en lugar de amores.

Fué á responder la Luna, y solamente  
Encontró con el viento despejado  
Que diese á su dolor y pena ardiente  
Campo en la muda noche sosegado;  
«Lumbre, floraba, de mi clara frente,  
Honor de mi corona consagrado,  
¿Cómo á los piés rendida humilde llevo  
De un vil rapaz y de un infante ciego?»

»Mas no eres ciego, niño de mis ojos;  
Nombre de lumbre y resplandor mereces,  
Que con dorada luz y rayos rojos  
En mi razón ufano resplandeces;  
En esta oscuridad claros despojos,  
Si bien dormidos, á mi amor ofreces,  
Y eres de noche ya con rayo nuevo  
A mi febo ardor ardiente Pebo.

»Alumbra, claro Amor, veré dormido  
El pastor de mi vida. Con dorado  
Vellon la frente duerme defendido  
Y el pecho libre con vellon nevado;  
¿Cómo, di, blanca nieve, has resistido  
Al fuego de mis voces abrasado?  
Cómo el rizo esplendor de sus orejas  
Sutil lamentación cierra á mis quejas?»

»Sois del triunfante Amor arcos triunfantes,  
Arqueadas de sus ojos dulces cejas,  
Por donde palmas del Amor ovantes  
Entran y del Amor cautivas quejas;  
Sois de sus lumbres párpados radiantes,  
Puertas azules y doradas rejas  
Con celosias pródigas por donde  
La fuerza que á traición saltea esconde.

»Sois, cejas, bellos iris, que en la obscura  
Noche de mi Endimion y su descanso  
Nuevas del sol y de su lumbre pura  
Por el aire esparéis sereno y manso;  
Pues no reposo en mi fatal ventura,  
Ni en vuestra dicha celestial descanso,  
Que las nuevas de paz para la tierra  
Son nuncios para mi de amante guerra.

»Vosotros, ojos, que dormís en tanto  
Que os pueden adorar mis ojos ciegos,  
Porque sepan templarse con el llanto  
Los de sus albas luminosos riegos;  
No despertéis del cielo sacrosanto  
Las lumbres altas, los empiresos fuegos,  
Porque si sale el sol por la mañana  
No quedará con su pastor Diana.

»Y vos, mejillas de escarlata hermosa,  
De quien la cipria reina avergonzada,  
Huyendo tiene la nevada rosa  
En el rojo licor del pié bañada;  
No de mi bella causa poderosa  
Me despertéis la llama sosegada,  
Que á una dormida luz y muerto ejemplo  
Pira inmortal encumbro y sacro templo.

»Frente, campo de nieve no tocado,  
Seguro del Amor, campo sereno,  
Donde el arco y las flechas ha ensayado  
Para la dulce herida con que peno;  
Láctea serenidad, mar sosegado  
De blancas dichas y bonanzas lleno,  
Espejo de plateados arreboles,  
Que eres alba nevada de dos soles;

»Pues eres campo fértil, cuya nieve  
A tu grato cultor y á su esperanza  
De dulces frutos altos colmos debe;  
Pues eres mar, en cuya fiel bonanza  
El navegante intrépido se atreve;  
Pues eres alba, cuya faz alcanza  
Después de funeral silencio umbrroso  
Con despejada luz á tiento hermoso;

»Sea de mi esperanza el fruto cierto,  
Y del inmenso mar en que navego  
Cierta el amado fin, seguro el puerto;  
Libre mi posesión de abismo ciego,  
Libres mis esperanzas de mar muerto  
Naveguen, si a tu blanca frente llevo,  
Hasta que de oro puro en cerros bellos  
Descubran ricas ludias tus cabellos.

»Y tú, rubia corona, que dorado  
Término eres de la blanca frente,  
Cuya guedeja y resplandor rizado  
Noche de humanos ojos no consiente;  
Tú, que con bellos lazos enredado  
Tienes de amores el imperio ardiente,  
Y en tus sienas cautivan con decoro  
Los Cupidos de perlas rizos de oro.

»Bien á la régia púrpura y diadema  
Absoluta el pastor humilde asiendes,  
Que de la Luna la deidad suprema  
A un humilde pastor unir pretendes;  
No puedes hacer junta mas extrema,  
Amor, ni sabes mas ni mas entientes,  
Que fraguar una union tan soberana  
Que divina resulte y salga humana.

»Boca divina, inspira voz ardiente,  
Diré que eres sufragio del tesoro  
Que el aliento reserva del oriente  
Y del aurora el rutilante lloro;  
Yo el oráculo adoro reverente  
De tu sagrada inspiración, y adoro  
Humilde tu querer, que tus mandados  
Solos mis causas son, solos mis hados.

»Cinta de carmesí púrpura, breve,  
Por quien el fino murecillo envidioso  
Palida envidia y macilenta nieve  
Cubre en el retrado mar undoso;  
Labio que de coral el alma bebe  
Y el vivo aliento del clavel fogoso,  
¿Cómo la roja sangre está vertida  
Y con raro milagro detenida?»

»Escuadrón ordenado en dos hileras  
De iguales, blancos y menudos dientes,  
De cuya proporción las once esferas  
Trasladaron mensuras relucientes;  
Glorias eternamente duraderas  
Señaleis al pastor, fuertes, valientes,  
Ni rija rey imperios divididos,  
Que siglos firmes anunciáis unidos.

»Nectárea inspiración, que infundes vida  
Al alba y á la siesta y á la tarde  
En la pira de aromas encendida,  
Donde el púrpuro Fénix indio arde;  
Traslada aliento á mi pasión vencida,  
Segura tú que mi pasión te guarde  
Con siempre nueva vez y eterna suerte  
Tu renovada vida con su muerte.

»Si eres de fuego espíritu flamante,  
¿Cómo te alienta, dime, un pecho helado?  
También se abrasa el bronce y el diamante  
Con el fuego de amor vivificado;  
¿Cómo, si no eres fuego, mi constante  
Pecho de frío hielo congelado  
Has destruido, á fuer de sol de oro,  
Resuelto en fácil lluvia y blando lloro?»

»Yo siento, amado dios (tanto merece  
Nombre la causa hermosa que me alienta),  
Que de mi anhelada vida el alma crece  
Si tu anhélito vivo me alimenta;  
Yo siento que la vida desfallece,  
Si escasa la reprimes ó violenta;  
¿Cómo con una vida padecemos  
De frío y de calor los dos extremos?»

»Yo siento aquí por la divina puerta  
De tus celestes voces soberanas  
Evidente razón, respuesta cierta  
De mis desvelos frios y ansias vanas;  
Aquí mi desengaño ofrece abierta  
Puerta, y del alma cierra las ventanas,  
Cuando dormido desengaños sabios  
De tu descuido dejas á los labios.

»Aquí tu dulce boca, si dulzura  
La fe puede afirmar sin el sentido,  
Con vivas esperanzas asegura  
El premio de mis ansias pretendido;  
Y yo que mi deseo y mi ventura  
Inquiero de ocasión débil asido,  
La muerte evito al desengaño esquivo,  
Y con la vida de tu engaño vivo.

»Mas tú, Noche divina, que eres manto  
De amante culpa y del amor que yerra,  
Tiende el obscuro velo sacrosanto  
Entre los claros cielos y la tierra;  
Ciéguese mi esplendor y lumbre en tanto  
Que mi labio su labio hermoso cierra;  
O pásese á mi pecho el hielo frío,  
O á su pecho se mude el fuego mio.»

Dicho, Diana blandamente toca  
El descuidado labio adormecido  
De su pastor, y de su hermosa boca  
Mide el clavel de púrpura encendido;  
Quedó la varia como inmóvil roca,  
Alma constante el variador sentido,  
Fijo norte la Luna se hizo queda,  
Y centro firme la voltaria rueda.

Poco faltó que Cintia no imitase  
De su Endimion querido el dulce sueño,  
Y los despiertos ojos no dejase  
En confianza al alma de su dueño:  
Poco faltó que el hado no sacase  
Del animoso y atrevido empeno  
A Diana la vida, á Cintia el alma  
En tanta cesación, en tanta calma.

Vénus entonces á su hijo: «Llega,  
Dice, que allí por el siniestro lado  
Para tu pasador y llama ciega  
Oportuno lugar descubre el hado;  
Propón al cielo, á Júpiter alega  
La dura ofensa de mi honor violado,  
Y tú mas diligente de tu parte  
Haz que el pellico defensor se aparte.»

Corre el Amor solícito; oh imprudencia  
Del dios rapaz, del niño bullicioso!  
¿Por qué necio sin ojos y sin ciencia  
Maduras, niño, fin dificultosa?  
Puntos que dió difícil providencia,  
Consentidas sazones del reposo  
Del hado vigil, y despierta suerte  
¿Tu ignorancia pueril rompe y pervierte?»

»Oh fuerza de infelice punto activa,  
Que puedes dar en imposibles muertos  
Vivificante union y junta viva,  
Si nacen males de tu vida ciertos!  
Inciertos fines la atención conciba,  
Y los favores el amor inciertos,  
Que estorbará mejor el enemigo,  
Amor que desazona amor amigo.

¿Sabrá la suerte lóbrega por dicha  
Blancas horas fraguar, y de la muerte  
Podrá tomar aliento la desdicha  
Con hado inverso y implicada suerte?  
¿Cómo, si hay vez que el orden de la dicha  
Tuerce el amado fin y le pervierte,  
Y de estrella mas clara y mas dichosa  
Desdicha se derrama mas forzosa?»

Amor, que de la Luna enamorada  
Es la mitad del alma, y cuyo intento,  
Contra la firme estrella desdichada  
Clavar quiere en el alto firmamento,  
Desazonó la suerte deseada,  
Turbó á Diana su feliz contento;  
¿Qué muertes niegas, ¿oh suerte infelice!  
Si al felice mató suerte felice?»

Amor, á quien la altiva Cintia hermosa,  
Siendo de su valor alto rendida,  
Teje verdé corona mas hermosa  
Y palma rinde mas ennoblecida,  
El punto y la ocasión turbó amorosa  
Del mismo Amor buscada y pretendida,  
Que contra el infeliz puede la dicha  
Cuando gastó sus fuerzas la desdicha.

Tocó el blanco pellico presuroso,  
Tentó el siniestro lado del aviso,  
Y cuando al arco el pasador furioso  
Aplicar inmaturo y presto quiso,  
Su calor enjugó el humor jugoso  
Del soñolento ramo, y de improviso  
Se halló la Luna sin hermoso dueño,  
Sin fin Cupido, y Endimion sin sueño.

El pastor que otra vez la llama ardiente  
Sintió de Amor en el pellico blando,  
Cuando Cupido la inmortal corriente  
De las causas estuvo averiguando;  
Con sabia astucia y con nonor prudente  
Del amoroso prado levantando,  
A Vénus deja y á su Amor burlada  
Con una muy hermosa retirada.

Sombras, si entonces el dolor sagrado  
Huyó del corazon á los retiros  
De Cintia, que perdió su enamorado,  
Ni oyó la ciega noche sus suspiros;  
Yo lo que oi no mas os he contado,  
Mas lo que imaginé no sé deciros.  
Icaro ya mi voz, Icaro llama:  
Espera un poco, presumida fama.

## IDILIO.

FIN DE ENDIMION.

## FÁBULA DEL GENIL,

POR PEDRO ESPINOSA.

## IDILIO.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,  
Amor, como en la esfera de tu fuego,  
Y á los dioses de escarcha tambien prendes  
Como á Vulcano con laseivo juego;  
Del sacro olimpo á Júpiter descienes,  
Y á Febo dejas, sin su lumbre, ciego,  
Y á Marte pones con infame prueba  
Que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos,  
Que á la náyade Cinatis adora;  
Ella le hace el corazon pedazos,  
Y él crece con las lágrimas que llora;  
Corta las aguas con los blancos brazos  
La ninfa, que con otras ninfas mora  
Debajo de las aguas cristalinas  
En aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante  
Con las náyades vido estar bordando,  
Y por enternecer aquel diamante,  
Sobre un pescado azul llegó cantando;  
De una concha una citara sonante  
Con destrisimos dedos va tocando;  
Paró el agua á su queja, y por oilla  
Los sauces se inclinaron á la orilla.

« Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,  
Seréis, dice, testigos de mi pena  
Y del rigor y término inclemente  
De la que está de gracia y desden llena;  
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente  
Que es de una sierra de cristales vena,  
Soy dios, y con mis ondas fuera Tétis,  
Si no atajara mi camino el Bétis.

« Vestida está mi margen de espadaña  
Y de viciosos apios y mastranto,  
Y el agua clara, como el ámbar, baña  
Troncos de mirtos y de lauro santo;  
No hay en mi margen silbadora caña  
Ni adelfa, mas violetas y amaranto,  
De donde llevan flores en las faldas  
Para hacer las hénides guirnaldas.

« Hay blandos lirios, verdes mirabeles  
Y azules, guarnecidas alhelies,  
Y allí las clavellinas y claveles  
Parecen sementera de rubies;  
Hay ricas alcatifas y alquiceles  
Rojos, blancos, gualdados y turquies,  
Y derraman las auras con su aliento  
Ámbares y azahares por el viento.

« Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,  
Estoy de frescos palios cobijado,  
Y entre nácares crespos de redondas  
Perlas mi margen veo estar honrado;  
El sol no tibia mis cerúleas ondas,  
Ni las enturbia el balador ganado;  
Ni á las Napeas que en mi orilla cantan  
Los pintados lagartos las espantan.

« Así del olmo abrazan ramo y cepa  
Con pámpanos arpados los sarmientos,  
Falta lugar por donde el rayo quepa  
Del sol, y soplan los delgados vientos;  
Por flexibles tarahes sube y trepa  
La inexplicable biedra y los contentos  
Ruisñores trinando: allí no hay selva  
Que en mi alabanza á responder no vuelva.

« Mas ¿qué aprovecha ¡oh lumbre de mis ojos!  
Que conozcas mis padres y riqueza,  
Si despreciando todos mis despojos,  
Te contentas con sola tu belleza?»  
Dijo, y la ninfa de matices rojos  
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza,  
Con desden da á entender que el dios la enoja,  
Y arroja el bastidor y el oro arroja.

Quedó elevado así, como se encanta  
El que escuchó la voz de la Sirena;  
Helósele su voz en la garganta  
Como cercado de engañosa hiena;  
No tanto á virgen temerosa espanta  
Serpiente negra que pisó en la arena,  
Ni al yerto labrador en noche triste  
Rayo veloz que de temor le embiste.

En si volvió del ya pasado espanto  
Cuando quiso el contrario del contento,  
Y halló que las aguas de su llanto  
Le llevaban nadando el instrumento;  
La libertada cólera entre tanto  
Le obligó á que dijese y el tormento;  
« ¡Oh tú, hija de montes y de fieras,  
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.»

Dijo así, y codicioso del trofeo,  
Al alcázar del viejo Bétis parte,  
Cuyo artificio atrás deja el deseo,  
Que á la materia sobrepuja el arte;  
No da tributo Bétis á Nereo,  
Mas como amigo sus riquezas parte  
Con el que es rey de rios, y los reyes  
No dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales,  
Claros diamantes las lucientes puertas,  
Ricas de clavazones de corales,  
Y de pequeños nácares cubiertas;  
Ve que rayos de luces inmortales  
Dan y que están de par en par abiertas,  
Y los quiciales de oro muy rollizo,  
Que muestran el poder de quien los hizo.

Columnas mas hermosas que valientes  
Sustentan el gran techo cristalino;  
Las paredes son piedras transparentes,  
Cuyo valor del occidente vino;  
Brotan por los cimientos claras fuentes,  
Y con pié blando en liquido camino  
Corren cubriendo con sus claras linfas  
Las carnes blancas de las bellas ninfas.